

PENÍNSULA AYALAYA



Jean Ziegler
El odio a Occidente

La memoria herida de los pueblos del Sur

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

DEDICATORIA

AGRADECIMIENTOS

PREFACIO

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE. LOS ORÍGENES DEL ODIO

1. LA RAZÓN Y LA LOCURA
2. LOS MEANDROS DE LA MEMORIA
3. LA CAZA DEL ESCLAVO
4. LAS MASACRES COLONIALES
5. DURBAN, O CUANDO EL ODIO A OCCIDENTE OBSTACULIZA EL DIÁLOGO
6. SARKOZY EN ÁFRICA

SEGUNDA PARTE. LA FILIACIÓN ABOMINABLE

1. DEL ESCLAVISTA AL PREDADOR OMNÍVORO
2. EN LA INDIA Y EN CHINA

TERCERA PARTE. LA ESQUIZOFRENIA DE OCCIDENTE

1. LOS DERECHOS HUMANOS
2. CINISMO, ARROGANCIA Y DOBLE LENGUAJE

CUARTA PARTE. NIGERIA: LA FÁBRICA DEL ODIO

1. LOS PADRINOS DE ABUJA
2. EN LA ÉPOCA DE LA GUERRA DE BIAFRA
3. LA MASCARADA ELECTORAL
4. LA CORRUPCIÓN COMO MEDIO DE CONTROL
5. REGUERO DE SANGRE EN EL DELTA
6. LAGOS, EL BASURERO DE OCCIDENTE
7. LA HIPOCRESÍA DEL BANCO MUNDIAL
8. LOS NIÑOS ESCLAVOS DE WUZE
9. CUANDO ANGELA MERKEL ABOFETEÓ A WOLE SOYINKA

QUINTA PARTE. BOLIVIA: LA RUPTURA

1. CUANDO LOS CERDOS ESTABAN HAMBRIENTOS
2. UN INDIOS EN LA PRESIDENCIA
3. EL ORGULLO RECUPERADO
4. LA REAPROPIACIÓN DE LAS RIQUEZAS
5. VENCER LA MISERIA
6. EL ESTADO NACIONAL
7. LA FIESTA
8. LOS USTACHIS ESTÁN DE VUELTA

EPÍLOGO. «NUESTRA HORA HA LLEGADO»

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Los primeros años del siglo XXI han puesto en evidencia las cada vez más acusadas desigualdades entre culturas, ante la mirada atónita de unos y la ceguera voluntaria de otros. Las guerras, el hambre y la lucha por la supervivencia son la otra cara de la moneda de un Occidente que se muestra triunfante. El pasado de los países oprimidos es una «memoria herida», pero ha llegado el momento de que todos ellos recuperen el protagonismo que tienen por derecho propio.

En *El odio a Occidente*, Jean Ziegler reflexiona con gran lucidez sobre las culturas olvidadas de los pueblos del Sur, pone sobre la mesa los problemas de desarrollo económico y de derechos humanos de que son víctimas y, más allá de señalar a los culpables y responsabilizar al sistema capitalista, plantea algunas soluciones que ponen de manifiesto que, para ser libres, los pueblos del Sur necesitan recuperar su identidad y su memoria.

Este libro está dedicado a la memoria de

*Jaime Vargas,
L'Abbé Pierre,
Franco Bettoli y
Andreas Malacorda.*

AGRADECIMIENTOS

*De tanto amar y andar salen los libros
y si no tienen besos o regiones
y si no tienen hombre a manos llenas,
si no tienen mujer en cada gota,
hambre, deseo, cólera, caminos,
no sirven para escudo ni campana:
están sin ojos y no podrán abrirlos,
tendrán la boca muerta del precepto.*

PABLO NERUDA,
Memorial de la Isla Negra.

En los altiplanos andinos de Bolivia, las comunidades aymara y quechua me acogieron calurosamente y con generosidad. En el delta del Níger, en la sierra de Chocotán en Guatemala, en las sabanas de Malí, en las tierras bajas de Etiopía, en el corazón de los bosques de Madhya Pradesh, en las costas de Orissa a orillas del golfo de Bengala, y también en Nueva York, en Gaza-City, en La Paz, en Caracas, en Jerusalén, en Bayamo en el Oriente cubano, en Madrid, en El Cairo, en Lima, en Nueva Delhi, en Selenge, en Peshawar y en muchos otros lugares del planeta, mujeres y hombres de condiciones, estatus sociales, culturas, religiones y opiniones políticas diferentes me hablaron con la mayor franqueza, contestaron a mis preguntas y compartieron conmigo sus saberes, sus angustias y sus esperanzas.

Mi libro se ha nutrido en abundancia de todos esos encuentros.

Como siempre, con una atención crítica rigurosa, un talento de editor impresionante y una amistad sin tacha, Olivier Bétourné fue el asiduo acompañante en cada etapa de elaboración de este libro. Con una gran exigencia analítica y teórica, Erica Deuber-Ziegler releyó todas y cada una de las líneas que escribí. Dominique Ziegler releyó también las pruebas. Les debo gran cantidad de ideas, intuiciones e hipótesis fecundas.

El diálogo con mis colaboradores próximos, Christophe Golay, Sally-Ann Way y Claire Mahon, su erudición y sus recursos documentales, fueron indispensables para mí. Ingrid Bucher también me aportó su ayuda.

Arlette Sallin se hizo cargo de las versiones sucesivas del texto con una minuciosa competencia. También me vi favorecido por los juiciosos consejos y el amistoso apoyo de Sabine Ibach, de Mary Kling y de Gloria Guterrez.

Manuel Fernández-Cuesta me sugirió la redacción de un nuevo prefacio. Y supervisó con una amistosa e indesmayable atención la elaboración de la edición española. Sus consejos y su amistad han sido preciosos para mí.

Jordi Terré realizó una traducción de una excepcional calidad, que refleja cada matiz de mi pensamiento y domina de forma admirable una eventualidad narrativa de gran complejidad.

Mi reconocimiento para todas y todos, más allá de lo que las palabras pueden expresar.

PREFACIO

El día era frío. Un sol tímido atravesaba las nubes. Pennsylvania Avenue estaba abarrotada de gente. Ante la fachada occidental del Capitolio, se había levantado un estrado decorado con los colores de la bandera estadounidense.

Un hombre esbelto de cuarenta y ocho años, con la tez morena y la mirada clara, vestido con un abrigo azul oscuro, se colocó en el centro del estrado.

El presidente de la Corte Suprema leyó la fórmula del juramento.

Barack Obama la repitió.

A su lado, estaban su mujer Michelle y sus dos hijas pequeñas, Sasha y Malia.

El bisabuelo de Michelle se llamaba Dolphus Shields. Había nacido esclavo en una plantación de algodón de Carolina del Sur, en 1859.^[1]

Entre la inmensa muchedumbre que se apretujaba delante del Capitolio y a lo largo de toda la Pennsylvania Avenue, había mucha gente con lágrimas en los ojos. Era el martes 20 de enero de 2009.

Desde la primera publicación de este libro en septiembre de 2008, la elección de Barack Obama como el 44º presidente de Estados Unidos ha constituido el acontecimiento sin duda más sorprendente que ha sucedido en nuestro

planeta. Fruto, ante todo, del desvelo y la movilización de la memoria herida de decenas de millones de descendientes de africanos deportados y de personas procedentes de otras minorías, esta victoria provocó en el mundo entero, pero sobre todo en el hemisferio sur, una viva esperanza.

Esperanza en la actualidad desvanecida.

Los agentes de los servicios de seguridad estadounidenses siguen torturando a sus prisioneros en la mayor prisión militar del mundo, en Bagram, Afganistán. No han dejado de estar vigentes las «Comisiones militares» y se niega a los detenidos, «combatientes hostiles» o simples sospechosos, la aplicación de las Convenciones de Ginebra.

La abogada neoyorquina Tina Forster, que se ocupa en Bagram, por cuenta de la International Justice Network, de tres detenidos —dos yemenitas y un tunecino—, confirma: «No existe ninguna diferencia entre las administraciones Obama y Bush».[2]

Obama está llevando a cabo dos guerras simultáneas... ¡y recibe el Premio Nobel de la Paz!

En el gueto de Gaza, donde se amontona en 365 km² un millón y medio de palestinos, la desnutrición y las epidemias causan estragos. El bloqueo israelí priva a los hospitales de medicamentos. Tras las matanzas y los bombardeos israelíes de enero de 2009, no es posible llevar a cabo ninguna reconstrucción. El castigo colectivo infligido a la población civil sitiada impide la llegada de materiales de construcción. En la Cisjordania y el Jerusalén Este ocupados, el robo de tierras, de agua y de casas palestinas continúa su marcha sin impedimentos.

Comisionado por las Naciones Unidas, el juez surafricano Richard Goldstone investigó durante seis meses la agresión israelí contra el gueto de Gaza de enero de 2009: un total de mil cuatrocientos muertos palestinos y más de seis mil mutilados y abrasados entre los cuales se encontra-

ban numerosas mujeres y niños. Y llegó a la conclusión de que se trataba de crímenes de guerra cometidos por el gobierno israelí (pero también por el gobierno de Hamás). Solicitó el traslado de los culpables a la Corte Penal Internacional. En el Consejo de Seguridad y en el Consejo de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, Estados Unidos rebatió vigorosamente las conclusiones del informe Goldstone.[3]

Entre los aliados estratégicos de Estados Unidos, siguen figurando algunos de los Estados —Uzbekistán, Arabia Saudí, Israel, Nigeria, Colombia, Kuwait— que, en la lista de Amnistía Internacional, están registrados como los peores violadores de los derechos humanos.[4]

El *Washington Post* escribe: «El punto débil de Obama son los derechos humanos».[5]

¿A qué se debe este fracaso?

Barack Obama sufre de lleno la ley del imperio. A pesar de su población relativamente reducida —trescientos millones de personas—, Estados Unidos sigue siendo todavía en la actualidad, y con diferencia, la nación industrial más creativa, más competitiva y más dinámica del mundo. En 2009, las empresas estadounidenses produjeron alrededor del 25 por 100 de todos los bienes industriales producidos en un año en el planeta.

La principal materia prima de esta gigantesca máquina industrial es el petróleo: Estados Unidos utiliza alrededor de veinte millones de barriles al día. Pero, entre Alaska y Texas, no llega a producir ocho millones de barriles diarios. El 61 por 100, es decir, algo más de doce millones de barriles al día, tiene que importarlo del extranjero. Y para colmo, de tierras extranjeras generalmente hostiles y en las que los conflictos hacen estragos: Oriente Medio, Asia central, el delta del Níger.

¿Cuál es la consecuencia de todo esto? Que Estados Unidos debe mantener unas fuerzas armadas extraordinariamente numerosas y costosas.

En 2008, por primera vez en la historia, los gastos en armamento de los Estados miembros de la ONU superaron el billón de dólares anual. Estados Unidos gastó el 41 por 100 del total (China, segunda potencia militar mundial, el 11 por 100).

El mismo imperativo petrolero —y militar— obliga así al gobierno de Washington a establecer a través del mundo alianzas estratégicas con algunos de los Estados más despreciativos del mundo con respecto a los derechos de los pueblos que controlan.

Ésta es la paradoja con la que nos enfrentamos.

Tras la elección para la presidencia de Estados Unidos de un afroamericano, el odio de los pueblos del Sur hacia Occidente ha aumentado aún más.

Régis Debray escribe: «Hoy más que nunca, la memoria es revolucionaria».[6] El segundo fenómeno más importante observado desde la primera edición de este libro es la rápida progresión y consolidación de la revolución india de los Andes.

En las interminables y áridas cordilleras, en el fondo de los valles y en las frondosas selvas de las tierras bajas de la Amazonia, la memoria herida de los pueblos indios está viviendo un fulgurante renacimiento. Esta memoria se transforma en conciencia política, voluntad de insurrección, fuerza de resistencia e indómito movimiento social.

Mayo de 2009: los indios de la Amazonia peruana se rebelan. El gobierno de Lima acababa de conceder a las sociedades petroleras occidentales los derechos de exploración que amenazaban con arruinar las tierras y los cursos de

agua de las comunidades autóctonas. Bajo la dirección de la AIDSESP (Asociación Interétnica de Desarrollo de la Selva Peruana), las comunidades organizaron la resistencia, y bloquearon las carreteras y los ríos de la región. Presionado por las compañías extranjeras, el presidente Alan García decretó el estado de excepción.

La represión se desató sobre las comunidades indígenas. Los asesinatos de indios se sucedieron. Durante la matanza de Bagua, el ejército abatió, a quemarropa, a treinta y cuatro manifestantes, entre los cuales se encontraban mujeres y niños. Pero la resistencia no cesó.

El miércoles 17 de junio de 2009, Alan García compareció ante el Congreso, en Lima, para solicitar la anulación de los decretos que prevenían la expropiación de las tierras amazónicas.

En Bolivia, la revolución silenciosa iniciada con la recepción en el Palacio Quemado de Evo Morales Ayma, primer presidente indio elegido en América del Sur a lo largo de 500 años, se desenvuelve de un modo tormentoso.

Los contratos negociados con más de doscientas sociedades petroleras, gaseras y mineras extranjeras, al transformarlas en simples sociedades de servicios, reportan al Estado boliviano, año tras año, unos ingresos de decenas de miles de millones de dólares. Evo Morales utiliza este maná para transformar radicalmente la situación material de las clases más pobres. Lentamente, el pueblo boliviano va saliendo de su miseria secular. Desde 2009, cualquier persona con más de sesenta años, sin ingresos, recibe doscientos bolivianos al mes.^[7]

El bono madre-niño es otra reforma general instaurada a partir de 2009. Otorga el derecho a un control médico gratuito durante todo el embarazo. El bebé se beneficia del mismo servicio. Durante todo el periodo de embarazo y hasta que el bebé cumple la edad de dos años, la madre

percibe doscientos bolivianos al mes. Otro bono se propone mantener la escolarización de los hijos de las familias más pobres. Al concluir su quinto año escolar, el niño recibe una prima de doscientos bolivianos, o sea, de aproximadamente treinta dólares. Tal suma podría parecernos ridículamente baja, pero hay que tener en cuenta que con frecuencia las familias tienen entre seis y ocho hijos.

También se producen avances en la lucha contra el trabajo esclavizado. En el Alto Parapeti, provincia de Santa Cruz, los agentes del INCRA descubrieron, en 2009, diez latifundios pertenecientes a cinco familias y que abarcaban en conjunto una superficie de 36.000 hectáreas. Varios cientos de familias guaraníes se encontraban retenidas allí a la fuerza, obligadas a trabajar sin salario ni compensación de ningún tipo. Las tierras que albergaban a estos esclavos fueron entonces expropiadas. El 14 de marzo de 2009, Evo Morales se trasladó en persona al Alto Parapeti para devolver a los Ancianos de las comunidades guaraníes sus títulos de propiedad.

Pero el enemigo no depone las armas. Periódicamente, se producen matanzas de campesinos. Leopoldo Fernández, gobernador en 2009 de la provincia de Pando, en el Oriente amazónico vecino a Brasil, es cómplice y amigo de los grandes terratenientes de la región. Sus policías y sus milicias privadas persiguen a los agentes del INCRA,^[8] a los agrónomos procedentes de La Paz y a los cartógrafos encargados de preparar la reforma agraria. Como protesta, miles de campesinos sin tierra, acompañados por mujeres y niños, organizaron una marcha en dirección a la capital provincial. A la altura del pueblo de Catchuela-Esperanza, los pistoleros de Fernández les tendieron una emboscada. Diecisiete manifestantes, entre los cuales había mujeres y niños, fueron fusilados a quemarropa. Más de seiscientos resultaron heridos. Y hubo decenas de desaparecidos. Algu-

nos supervivientes relataron el hecho de que algunos de los agresores no hablaban español, sino que se expresaban en una lengua «desconocida».

En abril de 2009, se reunió en Trinidad y Tobago, Estado caribeño de la costa de Venezuela, la Quinta Cumbre de las Américas, cumbre de jefes de Estado americanos.

Barack Obama se encontró allí por primera vez con Evo Morales. Su conversación fue breve.

Durante este tiempo, la campaña de sabotaje llevada a cabo contra el gobierno legítimo de Bolivia por parte de la oligarquía de Santa Cruz y sus mercenarios croatas, bajo la dirección de agentes de los servicios secretos estadounidenses, proseguía con una extrema violencia.

Dos días después del apretón de manos de Trinidad, las unidades especiales de la policía boliviana cercaron en Santa Cruz el hotel Las Américas.

En el cuarto piso del establecimiento, cinco veteranos de las guerras de los Balcanes de origen croata y húngaro habían establecido un almacén de armas y explosivos. El asalto se produjo a las cinco de la madrugada.

Según las notas encontradas en el lugar, los mercenarios habían previsto asesinar a Evo Morales, al vicepresidente García Linera y a cuatro de los principales ministros del gobierno. Durante el ataque, murieron tres mercenarios y dos fueron hechos prisioneros.

Las maquinaciones para cometer asesinatos y sabotajes no son los únicos peligros que acechan a la revolución silenciosa de Bolivia. El árbol de la nueva Bolivia que, lentamente, va emergiendo de la tierra exhibe un follaje endeble y tiene ramas podridas. Un ejemplo: Santos Ramírez, cofundador del MAS (Movimiento al Socialismo) que llevó a Morales al poder. Era el tercer hombre más poderoso del